

Mar de almendros

Juan Luis Mira Candel

Para mi madre, que sabía escuchar el silencio del mar.

Y para mi hija Mar.

«Éstos que ves ahora deshechos, maltrechos, furiosos,
aplanados, sin afeitar, sin lavar, cochinos, sucios,
cansados, mordiéndose, hechos un asco, destrozados,
son sin embargo, no los olvides hijo,
no lo olvides nunca pase lo que pase,
son lo mejor de España...»

MAX AUB. *Campo de los almendros.*

**Puerto de Alicante, amanecer del 29 de marzo de 1939.
Muelle de poniente.**

El mar, imposible, al fondo.

DES/ESPERAN

MAX ANGULO: Director del «TEATRO DE HOY, COMPAÑÍA DE COMEDIAS». Viste de POLICHINELA.

NEUS: Su mujer. Se le acaba de parar en los ojos, de repente, el tiempo. Viste de DOÑA SIRENA.

MARIOLA: Joven actriz, hija de ambos. Viste de SILVIA.

ALBERT: Primer actor de la Compañía.
Viste de LEANDRO.

GONZALO: Administrador y lo que haga falta
de la Compañía. Viste de
PANTALÓN.

UN HOMBRE DE GRIS.

DOÑA NEUS, sentada sobre un par de maletas, mira hacia la bocana del puerto. De vez en cuando susurra fragmentos ininteligibles de *Los intereses creados*.

Los demás personajes, situados en distintos puntos del muelle, componen la resignada estampa de una retirada a destiempo.

Los personajes, a pesar de lo que ellos mismos expresan en algún momento, permanecen durante toda la representación sobre el escenario, observando inquietos el mar y su incierto horizonte o, simplemente, la oscuridad que flota entre bastidores y el patio de butacas.

EL HOMBRE DE GRIS, siempre espectador, vigila desde un rincón.

Se escucha el sonido lejano de la sirena de un barco.

De pronto, como si un punto frente al mar le hubiera llamado la atención, DOÑA NEUS gira la cabeza y, en un tono apagado, dice:

DOÑA NEUS.- Deprisa, vamos, doña Neus, deje eso ahora, no hay tiempo que perder, qué hace, así como va, qué más da, no está el patio como para fijarse nadie cómo va usted vestida. En todo caso se fijarían en Pantalón o en Polichinela. Están ahí fuera, esperándonos. No, los del comando están en el vestíbulo; no, por usted no..., bueno, en principio no, aunque a usted imagino que también...: al que más le tienen ganas al parecer es a su marido, que tiene una fama de rojo que para qué, por mucho que de un tiempo a esta parte lo haya intentado disimular metiendo en el repertorio a quien usted ya sabe. ¡Ah, y a Albert!

A ése le tienen ganas todos. Se lo ha ganado a pulso ingeniando tanta morcilla picante y tanta proclama contra el General. Pues eso, a usted, de rebote, ya sabe, el paseo, bang, y unos por otros: todos al mismo saco, su hija incluida, ¿me entiende?... No se ponga nerviosa. No me refería a eso, me refiero a que fuera, en la puerta de la salida de artistas, tengo preparado un vehículo. Cabremos todos, no se preocupe. Pero dése prisa, por favor. Cómo que qué más da. Señora, pues claro que da. Esto se acaba, hay que salir zumbando. Ya se apañarán sin nosotros. Improvisarán. Siempre lo hacen, ¿no lo van a hacer ahora? No creo que les pase nada, ellos son sólo unos empleados de su marido. Para mí que Menéndez, el que sale de Hostelero, ha sido el que ha cantado... Sólo es una corazonada, pero nunca me he fiado de ese tipejo. Buena gente. Para usted todo el mundo es buena gente, por eso mire dónde hemos ido a parar. Los demás se harán cargo. Ya sé que los pocos espectadores que hay conocen la obra, a lo mejor creen que su marido ha hecho una adaptación, no sé... Tenemos tres escenas de por medio y cuando se den cuenta ya estaremos llegando a Alicante. Pues claro, ¿dónde vamos a ir? Al puerto de Alicante. En unas horas me han dicho que sale el Stanbrook. Estamos a menos de treinta kilómetros, si nos apresuramos hasta llegamos a cogerlo. No me mire así, yo no tengo la culpa de nada. Y no hace falta que me lo diga, ¿se cree que no me he dado cuenta? No soy santo de su devoción, pero descuide: si hago todo esto no es por usted, se puede imaginar por quién lo hago... A Orán, dicen. Créame, señora, es la única salida: o el mar o la muerte. **(Hay una pausa larga. Después DOÑA NEUS arroja con rabia hacia el mar la pequeña toca que le abrigaba y levanta la voz amenazadoramente.)** ¿Es que no me ha oído, vieja de mierda? ¡Vamos!

(Y después, con resignada serenidad, devuelve la mirada al mar y al silencio.

Pausa.

MARIOLA cubre con la elegante capa de SILVIA las espaldas de su madre. Después, saca un pequeño cepillo y le peina con mucha delicadeza.)

MARIOLA.- Vamos, tranquilízate, ¿por qué has hecho eso? No querrás resfriarte y pasarte todo el viaje enferma... Mira esas greñas, qué van a decir de nosotros los extranjeros cuando nos vean, tenemos que causarle una buena impresión. Como tú dices: en escena, como en la vida, la primera impresión es la que cuenta. ¿Que estamos apañadas...? Bueno, alguien habrá por ahí que nos deje un poco de ropa normal. Y si no, hacemos la función durante la travesía, que seguro que más de uno lo agradece. A ver... así está mejor... Hay tan poca luz aquí, claro que para lo que hay que ver... Después, en el barco, te retoco un poco el maquillaje y verás qué guapa vas a estar. No te desinflés ahora, después de lo que hemos pasado te necesitamos más que nunca, especialmente Papá. Si tú te vienes abajo quién va a aguantar todo esto. Recuerda: la sonrisa es lo último que pierde un cómico, que no se salgan con la suya. Papá estará al llegar. Todo va a salir bien... ya verás. Y no te preocupes, no pienso decírselo...

(Le acaricia el pelo. La besa con ternura.

GONZALO intenta desmaquillar los trazos grotescos de su PANTALÓN.)

GONZALO.- ¿No piensas decírselo?

MARIOLA.- Se lo diré.

GONZALO.- ¿Entonces, por qué no se lo has dicho?

MARIOLA.- Porque no he tenido tiempo.

GONZALO.- ¿Cómo que no has tenido tiempo? Casi una hora.

MARIOLA.- Cuando vuelva se lo digo.

GONZALO.- Un pacto es un pacto y tú lo sabes, no te irás a echar atrás ahora.

MARIOLA.- No ha sido un pacto, al menos yo no lo llamaría así. Y no, no me voy a echar atrás.

GONZALO.- Para mí es muy importante que hables con él, es el primer paso, el más importante. Si acepta todo resultará más fácil. Quedamos en que tú te encargabas de convencerlo.

MARIOLA.- Y lo haré.

GONZALO.- No sé cuándo.

MARIOLA.- Encontraré el momento. No es tan fácil.

GONZALO.- Nada es fácil, pero si tú no se lo pides personalmente no va a querer irse, está demasiado enamorado de ti.

MARIOLA.- Ésas son figuraciones tuyas, él nunca me ha dicho nada.

GONZALO.- A lo mejor es que él sí que no ha tenido tiempo.

MARIOLA.- Nos conocemos desde niños.

GONZALO.- Por eso no te lo ha dicho.

MARIOLA.- Por qué.

GONZALO.- Porque no hace falta. **(Pausa.)** ¿Y tu madre?

MARIOLA.- Sigue igual.

GONZALO.- ¿Qué dice?

MARIOLA.- Cosas de *Los intereses*. Hace un momento me ha parecido que hablaba.

GONZALO.- Deberíamos llamar a un médico. Si tu padre hubiera conseguido uno ya estaría aquí.

MARIOLA.- Un médico... Yo con encontrar una buena taza de sopa para ella me daría por contenta.

GONZALO.- En estos momentos resulta más sencillo dar con un médico. Me ha parecido ver más de uno... Empieza a ser preocupante. Lleva demasiado tiempo así.

MARIOLA.- No exageres. Desde ayer. **(Pausa.)** Se le pasará.

GONZALO.- ¿Es la primera vez?

MARIOLA.- Desde luego: es la primera vez que sale por piernas de un teatro como si fuera una amenaza pública.

GONZALO.- Se lo dije con el mayor tacto posible.

MARIOLA.- Qué sabrás tú de tacto.

GONZALO.- Todavía no me has dejado demostrártelo.

MARIOLA.- Tendrás que esperar un poco más.

GONZALO.- Y tampoco era como para ponerse a medir las palabras, Mariola. Yo también estaba al límite y había que actuar rápido; le dije lo primero que se me ocurrió, además: después de todo lo que ha pasado la pobre yo pensaba que estaba preparada para una cosa así.

MARIOLA.- Pues ya ves que no. Para ella esto ha sido como arrancarle el corazón. Es muy extraño, nunca le asustaron las bombas..., mi padre siempre ha mantenido que es la más valiente de la familia. Posiblemente una cosa es aguantar un chaparrón de pólvora y otra tener que huir con esos indeseables pisándole los talones. Nunca ha tenido la muerte tan cerca. Y tiene que haberle dolido especialmente sentirse humillada por unos mequetrefes que no le han dejado siquiera terminar la función. Es la primera vez en su vida que deja una representación a medias.

GONZALO.- Puede que tengas razón: ha debido de ser una impresión demasiado fuerte.

MARIOLA.- De todas formas, siempre le gustó hablar poco.

GONZALO.- Mejor así.

MARIOLA.- No sé a qué te refieres...

GONZALO.- Nada. Cosas mías, perdona. **(La llama sin levantar demasiado la voz.)** ¡Doña Neus!

(DOÑA NEUS sigue en el mar.)

MARIOLA.- Déjala, seguro que es más feliz que nosotros.

GONZALO.- Más feliz que yo desde luego que no, sólo con pensar en mañana...

MARIOLA.- Hoy.

GONZALO.- Claro, que ya son las siete. Sólo con pensar en hoy, en dentro de unas horas, me siento el hombre más afortunado del mundo. Quiero decir: a pesar de todo. **(Pausa.)** No hay forma de quitarse este maquillaje. Esa manía vuestra de que los actores también se pintarrajeen.

MARIOLA.- Mi padre dice que si no las diabras os hacen unas ojerás que para qué. **(Saca de un pequeño maletín un frasco con crema y se lo da.)** Prueba con esto.

GONZALO.- Ojerás, ya ves tú. **(Desmaquillándose.)** Está el público para fijarse en esas tonterías. La gente de teatro sois a veces de un ridículo... Si vieras: pasaba por la lonja y te puedes imaginar cómo está todo aquello, hasta los topes, no cabe un alfiler, todos allí, hartos de esperar. De pena. De repente veo que una señora ya entrada en años se despierta, que yo no sé cómo la buena mujer podía dormir en aquella postura -la que le dejaban- y más aún abrazada a unas cajas de cartón como si se agarrara a su propia vida. Se despierta de golpe y me mira. Yo, con esta pinta. Enseguida he pensado: va a pegar un grito que lo van a oír hasta en el Castillo de Santa Bárbara. Pues nada. La guerra lo trabuca todo, Mariola. En cualquier otro momento, una de dos: o se muere del susto o de risa. Y sin embargo me ha mirado como si nada, como si ir vestido de payaso...

MARIOLA.- De Pantalón.

GONZALO.- ... a las tantas, cuando todo huele a pólvora y hasta las pocas palmeras que quedan en la ciudad ya no se tienen ni en pie, fuera de lo más corriente... Es que ni siquiera me ha sonreído. Me ha observado un par de segundos, así, de arriba a abajo, como si yo fuera parte de su pesadilla, ha reclinado la cabeza sobre la pierna de un vecino y... a seguir durmiendo, que la espera se lleva mejor.

MARIOLA.- Suerte para ellos, que pueden hacerlo. Por nada del mundo renunciaría yo a una buena cabezada. Deben de llevar mucho tiempo en el muelle para ser capaces hasta de dormir. Yo lo he intentado y no hay manera. No con mi madre así, con los ojos de par en par, que parece que se le sale el alma.

(Pausa.)

GONZALO.- ¿Y de qué habéis hablado?

MARIOLA.- ¿Qué?

GONZALO.- Tú y Albert, antes, cuando os he dejado solos. O es que te crees que me he ido a dar un paseo...

MARIOLA.- Te has ido a por los visados.

GONZALO.- ¿De qué habéis hablado?

MARIOLA.- Apenas hemos hablado. Hemos mirado el mar.

GONZALO.- ¿El mar?

MARIOLA.- Sí. Desde pequeña siempre lo he tenido enfrente y ahora, ya ves, parece que lo estuviera mirando por primera vez. O por última.

GONZALO.- Vaya.

MARIOLA.- Está gris. Demasiado gris. También nos lo han cambiado. Nunca antes lo había visto así.

GONZALO.- Pues yo lo veo azul, como siempre.

MARIOLA.- No. Y no es el color de la noche que a veces se le queda encima. Está gris. No es el mar de cuando nos bañábamos en el Postiguet o ahí, en la dársena. Era un mar tan divertido... Ahora se ha vuelto algo misterioso, como un perfecto desconocido del que no sabes qué pensar. ¿Me entiendes?

GONZALO.- No estoy muy seguro.

MARIOLA.- Albert dice que el mar es del color que tú quieres que sea.

GONZALO.- Azul.

MARIOLA.- Gris.

GONZALO.- ¿Quiere decir eso que no eres feliz?

MARIOLA.- Quiere decir que ahora el mar lo veo así.

GONZALO.- Dentro de unos meses volveremos a este mismo lugar y ya me contarás.

MARIOLA.- Este mar ya nunca volverá a ser el mismo.

GONZALO.- Hay otros mares.

MARIOLA.- De números, lo que quieras, pero de estas cosas no tienes ni idea. El mar es como el aire: es sólo uno y, por muy distinto que parezca, siempre es el mismo. Y no me gusta cómo me lo han dejado.

GONZALO.- Dame tiempo y yo te volveré a enseñar el mar de verdad. Oye ¿y os habéis pasado una hora hablando de...?

MARIOLA.- Bueno, también hemos hablado de otras cosas.

GONZALO.- Como qué.

MARIOLA.- Como de cuando no levantábamos un palmo y ya nos zambullíamos desde el rompeolas a coger las monedas que nos tiraban los veraneantes. La de cucuruchos que nos hemos zampado con lo que sacábamos, sobre todo él, tenía una habilidad especial: se lanzaba y zas, salía con el céntimo en la boca, así, como si fuera un pez que acabara de atrapar su migaja de pan. Nos aplaudían mucho.

GONZALO.- Siempre he tenido claro que su auténtica vocación es el circo. El circo y las variedades.

MARIOLA.- Y también hemos hablado del fin de la guerra. Y de mi madre, que entró en camerinos así, con el susto en el cuerpo, y parece como si se le hubiese congelado la mirada.

GONZALO.- ¿Crees que nos estará oyendo?

MARIOLA.- Espero que no, se hubiera arrojado al mar.

GONZALO.- Que te crees tú eso. En el fondo ella también lo sabe. Nadie te va a cuidar ni querer como yo. Dime qué te espera por ahí: más miseria. Vuestro oficio es, y perdona que sea tan sincero, un oficio de miserables.

MARIOLA.- Te equivocas. De héroes.

GONZALO.- ¿De héroes? Olvida de una vez esas tonterías. Filosofía barata. Mírate. Mírame. ¿Quién va por ahí, así? Siempre vuestros aires de grandeza: ¡los elegidos! Busca en tus bolsillos, o en los de tu padre... están vacíos. Eso es lo que importa.

MARIOLA.- ¿Y qué significa eso? Hay algo más por lo que preocuparse que por tener los bolsillos llenos...

GONZALO.- Eso lo dices ahora, deja que pasen los años y verás. ¡Artistas de pacotilla! Nada más que una trampa, ¿sabes? Pican unos cuantos gorriones, inocentes, creyéndose que se van a comer el mundo. Y después el mundo se los come a ellos.

MARIOLA.- Mi padre hace tiempo que dejó de ser precisamente un gorrión.

GONZALO.- Sigue siendo igual de inmaduro.

MARIOLA.- A mí me gusta así.

GONZALO.- ¿No lo entiendes? Puede ser tu oportunidad para cortar de cuajo. Te aseguro que no se acaba el mundo. Me conoces bien, a mí la política, como el teatro, me importa un pimiento, siempre me ha importado un pimiento; de eso os vais a beneficiar todos: tus padres, Albert y tú. Por lo pronto les he librado del paseílo, y -aunque está la cosa más difícil de lo que me pensaba- voy a intentar sacarles de aquí, algo que más quisieran todos esos infelices que se apiñan a pocos metros. Y voy a darte lo que te mereces: un futuro, en tu tierra, sin tener que embarcarte en aventuras que no llevan a ninguna parte. Yo no soy un héroe, Mariola, sólo soy alguien que te quiere de verdad y quiere lo mejor para ti.

MARIOLA.- ¿Para mí o para ti?

GONZALO.- Para los dos.

(Pausa.)

MARIOLA.- ¿Por qué dices que la cosa está difícil?

GONZALO.- Ha surgido un pequeño contratiempo con el que no contaba pero...

MARIOLA.- Me dijiste...

GONZALO.- Descuida, en media hora lo soluciono, he quedado con alguien que les arreglará todos los papeles. No necesito repetirte que soy la única salida: la de ellos y la tuya.

MARIOLA.- Como el mar.

GONZALO.- Pues eso.

MARIOLA.- Cuando estén en cubierta, ya hablaremos.

GONZALO.- El tiempo ayuda a entenderlo todo.

MARIOLA.- ¿Tú crees que el tiempo es capaz de explicar este disparate?

GONZALO.- Si es capaz de dar sentido a tanta muerte, lo será también de aclararnos la razón de todos estos años perdidos.

MARIOLA.- Sólo los que estén dispuestos a olvidar podrán volver a ser normales.

GONZALO.- Hablas como una vieja.

MARIOLA.- Es que he envejecido mucho últimamente.
Mira: una cana.

GONZALO.- No digas tonterías y aplícate al cuento: mañana empiezas.

MARIOLA.- A qué.

GONZALO.- A olvidar.

MARIOLA.- Querrás decir hoy.

GONZALO.- Hoy.

(Pausa.)

MARIOLA.- Yo no quiero ser normal.

(DOÑA NEUS gira un poco la cabeza. Ha sido un gesto casi imperceptible del que, sin embargo, MARIOLA se ha dado cuenta.)

Mi madre tampoco.

GONZALO.- Cómo lo sabes?

MARIOLA.- Me lo acaba de decir.

GONZALO.- No ha sido más que un parpadeo...

MARIOLA.- Algo es algo.

(ALBERT comienza a silbar una canción y lleva el máximo cuidado en no derramar una sola gota del tazón de caldo que acuna en sus manos.)

ALBERT.- Algo es algo.

MARIOLA.- Si está caliente...

ALBERT.- Estaba ardiendo. Las de U. G. T. lo llaman sopa, otros le llaman «mixture», vete tú a saber, porque lo que es oler... no huele absolutamente a nada. Será nada líquida, pero, che, repito: algo es algo...

(**MARIOLA acerca la sopa a los labios de DOÑA NEUS, que bebe a pequeños sorbos.**)

¿Qué me dice, Doña Neus, está bueno?

(**Como leyendo la respuesta en sus ojos, que no dejan de mirar el mar.**)

Mujer, tanto como delicioso... No hay de qué. Por usted ya sabe que hasta hacía el indio y me metía a «flecha». (**Mirando a GONZALO.**) Y no miro a nadie.

GONZALO.- Muy gracioso, pero no hace falta que te diga que a mí eso me trae sin cuidado.

ALBERT.- Y... ¡sorpresa! (**A MARIOLA.**) ¿A que no sabe mi dulce y bella dama lo que le ha traído este ridículo galán?

MARIOLA.- Por favor, que sea algo de comer...

ALBERT.- Mujer, depende... ¡Una portentosa y diminuta rama de almendro, con sus florecitas y todo, y su olor «embriagador»...!

(**Se la entrega muy ceremoniosamente.**)

Un milagro que ha querido florecer entre la metralla.

MARIOLA.- ¡Es verdad! ¡Si estamos en primavera!

ALBERT.- Desde hace más de una semana, aunque de todas formas ya se sabe que estos almendros son unos rebeldes y se adelantan siempre al calendario. Si hubiéramos sido almendros otro gallo nos cantaría, y no el de la derrota...

MARIOLA.- Gracias, eres un ángel.

ALBERT.- Me pregunto cómo habrá llegado hasta el puerto. Igual también quiere largarse.

(**MARIOLA le enseña la rama a su madre.**)

MARIOLA.- Mira, mamá, y huele... Huele que alimenta.

GONZALO.- Habíamos quedado que tú te encargabas de la manduca, ¿no? Más quisiéramos que el olor nos quitara el hambre.

ALBERT.- ¡Pero quizás sí estas castañas! (**Y como si fuera una mago se saca de la manga de su elegante traje de LEANDRO un pequeño cucurucho de castañas.**) Y tostaditas, que es como mejor entran. Algo es algo.

GONZALO.- ¿No sabes decir otra cosa?

MARIOLA.- A Albert de chaval no le llamaban Albert, le llamaban «Algoesalgo». (**Sonríe.**)

ALBERT.- Esto no ha sido un milagro, ha sido una estafa. No os cuento lo que he pagado por ellas.

MARIOLA.- ¡Castañas en marzo!

GONZALO.- España se ha vuelto loca...

ALBERT.- Lleva así desde los godos, Castelar. ¡Toma castaña!

(**Y le da una.**)

GONZALO.- Está claro: a ti siempre te ha ido más el papel de Crispín, mira que se lo dije al padre de ésta, pero ni caso, para variar.

ALBERT.- A ti, sin embargo, te va que ni pintado el personaje de usurero Pantalón. Ahí Max acertó, ya ves tú. A veces suena la flauta.

MARIOLA.- Y cuenta, ¿cómo está la gente?

ALBERT.- ¿Te refieres a... eso? Me da la impresión de que lo que espera en el muelle de levante y por todos lados -hasta en la terraza del Samper han acampado- ha dejado hace tiempo de ser «gente». Más bien parecen sombras a la deriva esperando un prodigio que no llega. A la mayoría, seguro que los pinchas con una aguja y ni parpadean. Fíjate la facha que llevo: están los tiempos como para ir con estos trapos de época. Pues ni caso. En vez de apedrearte, te ignoran. No te miran, te ven. Se sienten como acorralados. Y si acaso, hacen un esfuerzo por sonreír y te preguntan: ¿Es usted el de los barcos? Como si creyeran que voy de uniforme. Y te das cuenta de que todos esos que antes fueron gente ahora son simplemente una enorme cola sin orden ni concierto que se pierde más allá del Paseo de los Mártires. Por lo visto el Stanbrook dicen que zarpó que no cabía un suspiro.

GONZALO.- Si no hubiéramos perdido tanto tiempo en inútiles explicaciones...

ALBERT.- Y ahora esperan otros. Rumores: que si la junta de Evacuación ha dispuesto ya un tragamillas inglés y un mercante noruego, que si Franco no lo va a permitir, que si las fuerzas internacionales no van a permitir que Franco no lo permita; que si -por si las moscas- se han largado en el Maritime el Gobernador y unos pocos «próceres» más; que si... Ya pueden hablar: o traen un par de «Titanics» -de los que no se hundan, eh...- o está claro que la mitad del personal se queda en tierra.

GONZALO.- Los que no tengan visado, desde luego.

ALBERT.- ¿Lo tenemos nosotros?

GONZALO.- Por supuesto. (**Tocándose el bolsillo.**)

ALBERT.- ¿Me dejas verlos?

GONZALO.- Todo a su tiempo. Sólo falta ultimar unos detalles. (**Mira a MARIOLA.**)

ALBERT.- Por eso el viejo tarda tanto.

MARIOLA.- Seguro que mi padre lo arregla todo. Y espero que haya encontrado ya un médico.

ALBERT.- Entonces ¿por qué no nos ponemos a la cola, como todo el mundo?

GONZALO.- Porque es mejor esperar aquí, en el muelle de Poniente. No damos la nota vestidos de artistas del año catapún y, de paso, Max nos tiene mejor localizados. Sé de buena tinta que no va a haber, ni mucho menos, sitio para todos. Y a mí me han garantizado que, entre esos pocos, estaréis.

ALBERT.- ¿Estaréis?

GONZALO.- Estaremos. Lo decía por si no se obtienen todos los permisos, alguien tendría que esperar y puedo ser yo...

ALBERT.- Te sacrificas...

GONZALO.- Sí.

ALBERT.- O sea, que estamos entre los elegidos. Vaya, vaya, nosotros, una compañía de actores... Si no lo veo no lo creo... ¿Cuándo se ha visto algo semejante en este país? ¿Y a qué se debe tamaño privilegio?

GONZALO.- A que mientras unos se pierden entre los almendros, otros peleamos por salir de este laberinto. Ése es el privilegio. Unos pisáis el cielo, otros preferimos pisar el suelo.

ALBERT.- La gente como tú no os limitáis a pisar el suelo, lo aplastáis.

MARIOLA.- Albert, por favor, no empecéis...

ALBERT.- Perdona, Mariola.

GONZALO.- No te pongas bravucón, que no te va. Y aunque te cueste admitirlo: me debes el pellejo.

ALBERT.- Si por mí hubiera sido, habría terminado la función. ¿Te imaginas el público en pie, al final, aplaudiendo?

GONZALO.- ¿Qué público?

ALBERT.- La platea no estaba mal, para los tiempos que corren... ¿Ves? Eso de levantarse ya lo veo más difícil, que la gente no está para esfuerzos, pero seguro que hubieran disfrutado.

GONZALO.- ¿De verdad te importa esa gente?

ALBERT.- Créeme: es lo único que me importa. Por eso les hubiera regalado este tiempo tan precioso que nos ha ayudado a escapar y lo hubiera sacrificado todo por terminar.

GONZALO.- ¿Terminar? Bonita palabra para explicar que tiras la toalla. En el fondo eres más egoísta que yo.

MARIOLA.- ¿Más?

GONZALO.- Y un infeliz, no te enteras de nada.

ALBERT.- En eso tienes razón: sigo sin entender demasiadas cosas.

GONZALO.- Pues que te las explique Max, que por ahí viene. Puede que a él le hayan dicho algo.

(A MAX, en su sitio, le da un golpe de tos. Se le ve muy cansado, pero si desde el inicio mostró un semblante serio, ahora se esfuerza por mantener el tipo a pesar de todo y parecer esperanzado. Sonríe. Va a abrazarle su hija.)

MAX.- ¿Ha dicho algo?

MARIOLA.- Nada que se le entienda.

MAX.- ¿Reacciona?

MARIOLA.- De vez en cuando, pero sigue igual.

MAX.- Dios. Las calamidades no vienen solas, y eso que la esperanza siempre consigue meter el pie: no hay en todo el muelle un solo puesto de enfermería ni nada que se le parezca, aquí por lo visto todos quieren darse el dos, los primeros los médicos. Y cuando más desesperado estaba, ¿a que no sabéis con quién me he topado?... ¡Con Don Manuel Vercher, el de la botica! Le he contado todo y me ha dicho que no da abasto, pero que cuando tenga un respiro se pasa a verla. Y que no nos preocupemos, que no es raro que estos días se corte hasta el aliento. Un par de días, como mucho... ¡y nueva! No puedo más, me crujen los huesos.

(Se sienta junto a NEUS. La besa.)

Tranquila, mi vida, que ya queda poco para que termine este infierno.

ALBERT.- ¿De verdad queda poco, Max?

MAX.- Antes de que te des cuenta estarás contando delfines. Dicen que hay muchos. Como barcos que vienen por nosotros. Bueno, por nosotros y por toda esta pobre gente...

MARIOLA.- Toma, papá. Albert consiguió castañas...

ALBERT.- Recién tostaditas y arrancadas de no sé qué árbol... algo es algo.

MAX.- ¿En primavera?

ALBERT.- Pero saben como si fueran de otoño, pruébelas.

(MAX come.)

MAX.- Coño, están buenas.

(Y sonrío dispuesto a engullir el manjar más apetecible y compartirlo con su mujer, a la que le introduce en la boca pequeños trozos de castaña, mientras le acaricia el pelo.)

He ido de un sitio para otro. Bueno, eso de ir es un decir: he tropezado. Ya lo habréis visto vosotros ¿no? No se puede pasar del embudo que se ha formado. Buscaba, no sé, alguien a quien preguntar, alguien que me informara, pero, maldita sea, Dios, al principio no encontraba a ningún conocido. Y di que paso desapercibido... que me daba vergüenza ir por ahí... así.

MARIOLA.- Si conoces a medio Alicante...

MAX.- Pues, hija, lo que suele pasar: basta que necesites a alguien para no dar con él. Ha llegado mucha gente de fuera y los pocos que me resultaban más o menos familiares, a los que tenía que reconocer no sin esfuerzo, tan flacos y envueltos en sus mantas que parecían esconderse, se adelantaban siempre y me preguntaban antes de que yo pudiera abrir la boca. Aquí nadie sabe nada... Todo el puerto es el enorme coro de una sola pregunta: ¿cuándo vendrán los barcos? Pues bien, lo que suele pasar, cuando empezaba a desanimarme... una mano, por detrás, me da unos golpecitos, me vuelvo y... *¿Es usted Don Máximo Angulo, el actor...?* El mismo, recién salido del horno -le digo mostrando mi indumentaria-. *Usted no me conoce, me dice, soy un ferviente admirador suyo.*

¡Dios! Increíble, Mariola. Se sabía mi historial mejor que yo. Hasta me había visto en el Falla, cuando *Los semidioses* de Oliver. Pero lo bueno no era sólo eso, que bien me ha venido para levantarme el ánimo. Resulta, escuchad bien, que formaba parte de la mismísima «Junta de Evacuación» y estaba informado de todo. ¡Por fin alguien que sabe algo! Me ha dicho que no nos preocupáramos, que nos reservaba el mejor «palco» y que volviera en una hora para que nos asignara el acomodo definitivo. He visto el cielo abierto. ¿Quién ha dicho que el teatro no abre puertas?

ALBERT.- Usted, Max. No para de decirlo.

MAX.- ¿Es cierto eso, Mariola?

MARIOLA.- Me temo que sí.

MAX.- Pues ya veis que yo también me equivoco. (**Observando la cara de escepticismo de GONZALO.**) Por cierto, Gonzalo, y a ti ¿qué tal te ha ido?

GONZALO.- No he encontrado a quien esperaba, pero también he de volver de aquí a un rato. Y si no, iré a la misma Comandancia, allí tengo conocidos.

MAX.- Están haciendo listas y catalogan a los candidatos según sus méritos. Ahora resulta que hasta para ser refugiado tienes que ganártelo. Qué manía les ha dado por los papeles... Si en el extranjero nos van a recibir como siempre, con los brazos abiertos, aunque no los tengamos...

ALBERT.- Oposiciones a fugitivo, jefe... Estaría bueno que fuera el primer examen que apruebo en mi vida...

MAX.- ¿Has visto algo por ahí aparte del prodigio castaño?

ALBERT.- Con mi obsesión por la intendencia, me he enterado de bien poco. Y, aparte, tampoco me hacía gracia que me vieran así. Sólo me han confirmado lo que ya sabíamos: que sólo queda Alicante, mejor dicho, «quedaba»; que las calles se han convertido en un desfile de banderas, ah, y he oído que los italianos están ya a las puertas de la Florida con su *Giovinezza*. Lo que faltaba... Esto se acaba.

MARIOLA.- Habrá que estar preparados para lo peor...

MAX.- Dirás lo mejor. Mira el horizonte, Mariola. ¿No ves que cada minuto que pasa está más limpio? Eso nos espera. Esas caras de funeral no encajan bien en unos actores como nosotros, ¡somos incombustibles! Seguro que todo el mundo libre andará ahora movilizándose para sacarnos de esta gran lata de sardinas. Los americanos, los ingleses y los franceses ¿os creéis que se van a quedar con los brazos cruzados? No permitirán que un general de pacotilla dinamite las conciencias. Seguro que estarán preparando una buena, lo que pasa es que no quieren que nos enteremos. Es de cajón, ¿no?, ¿o es que no os acordáis de lo que hemos tenido que pelear para que esta maldita guerra no acabara también con el teatro? ¡Hemos conseguido mantener viva la llama de la escena!

GONZALO.- ¿Qué llama? ¿Y qué escena? Salvo cuando actuamos en Denia, que se puso la plaza aquella a rebosar... Le recuerdo que en los últimos meses no hemos pasado de los cien espectadores. Y no le hablo de la recaudación...

MARIOLA.- Siempre los malditos números.

GONZALO.- Es que, y a ver si os enteráis: al final somos eso, números... **(Haciendo recuento de los que están en escena: seis, aunque hace como si EL HOMBRE DE GRIS no contara.)** ... cinco aquí, veinte mil más esperando al otro lado, cerca de un millón bajo tierra, 29 del cuatro de 1939... números, números, números.

MAX.- Pues no, Gonzalo. Y sabes que no me gusta llevarte la contraria, pero te equivocas. Te aseguro que pocas veces le he encontrado más sentido a este trabajo -que sí, lo reconozco, es un rato puñetero- que cuando representábamos, por ejemplo, *Los caciques*, ante una docena de personas. Vamos, que no cambiaba yo aquello, con lo insignificante que resultaba -la mitad de las candilejas fundidas, el frío, el hambre... en fin...- no lo cambiaba yo, fíjate lo que te digo, ni por la *Medea* en Sagunto, ante dos mil personas, en plena República, un exitazo a reventar... ¡y la mitad del personal mirando las estrellas y jugando a sentirse cultos...! No, te lo dicen el corazón y los hígados de un actor que ya está de vuelta, el teatro es una forma como otra de compartir: lo importante es que des cuanto tienes, mucho o poco, y que quien lo reciba, sean muchos o pocos, lo disfrute y le haga feliz y te haga feliz. Es un intercambio, ¿entiendes? El teatro y las cifras nunca han casado bien. Y te lo repito, a pesar del eco de las bombas, hemos hecho feliz, y mucho, a unos pocos españolitos..., los que nos han necesitado, y eso, en los tiempos que corren, ya es bastante.

ALBERT.- Bien dicho, jefe. Eso ha sonado bien, sí señor...

GONZALO.- Palabras, palabras, palabras...

ALBERT.- Acto «segundo», escena «segunda»...

GONZALO.- ¿Qué?

ALBERT.- Cifras, amigo... ¿ves? Esos son los únicos números que nos interesan. Has citado a *Hamlet*, y tú sin enterarte. Si en el fondo todo este tinglado de la farsa te tira más de lo que tú te crees...

GONZALO.- De mal en peor...

MAX.- «Siempre de mal en peor...», eso lo dice Ofelia: acto «tercero», escena «segunda».

GONZALO.- Con todos mis respetos, Max, pero estáis como una regadera. Los dos.

ALBERT.- Vaya descubrimiento...

MAX.- Pues alguien nos tendrá que agradecer esta locura algún día, digo yo... ¿y por qué no hoy?

ALBERT.- Y otra cosa: no se atreverán con unos cómicos *dell'arte* ¿eh, Polichinela y Pantalón? ¡Italiani artisti, Goldoni, Arlechino y ma' che cosa fai, digo, fa, que questo de «fai» suena revoluchionario, mamma mía!

GONZALO.- Igual les suena a mofa...

MAX.- En eso tiene razón Gonzalo, no deberíamos seguir con estas ropas, ¿habéis buscado en las maletas?

MARIOLA.- Sólo hay copias de algunas obras, restos de maquillaje y un par de pequeños telones pintados... Si nos hubiera dado tiempo a pasar por casa...

GONZALO.- No hubiéramos llegado hasta aquí.

ALBERT.- Nos servirán si conseguimos salir de ésta, aunque si no...

MAX.- Prohibido pensar en eso,... mañana estaremos en alta mar. Y la semana que viene en Buenos Aires, esos son nuestros planes ¿recordáis?...Hugo Lamberti... la avenida de la Plata... Corrientes... ¡El bueno de Hugo...! Seguro que seremos bien recibidos. Le prometí el mejor *Juan José* que se haya hecho nunca...

MARIOLA.- ¿Nos dejarán hacerlo allí?

MAX.- ¿Y por qué no?

ALBERT.- Desde luego que aquí no lo vamos a hacer. A partir de ahora al teatro español le toca un poco de Pemán, Marquina, más Pemán y Los Quintero. Y si la cosa se pone demasiado mal... ¡Echegaray!

MARIOLA.- ¡Horror!

GONZALO.- Siempre os quedará el Tenorio.

MAX.- Eso para el día de difuntos.

ALBERT.- Me da a mí que ese día en este país va a durar muchos años...

GONZALO.- Pues también os queda Don Mendo.

ALBERT.- Eso sí. Puede ser una buena fórmula para que la gente recupere la sonrisa. Algo es algo.

MAX.- ¿Qué os parece? Será nuestro primer montaje en tierras americanas, fijaos qué cartel: ¡Teatro de hoy, Compañía de comedias, presenta... el drama social en tres actos *Juan José*, del ilustre dramaturgo español Joaquín Dicenta! ¿No veis los letreros luminosos del San Martín? Ya lo creo que nos dejarán. Y si no, iremos a México, allí también tengo amigos y siempre habrá un hueco para unos buenos cómicos como nosotros.

ALBERT.- Me muerdo de ganas, Max... ¡teatro de verdad!

MARIOLA.- Yo seré Rosa, que la última vez no me dejó mi padre.

MAX.- Como que eras una mocosa.

ALBERT.- Ahora ya tiene los pétalos en su sitio, ¿eh, Paco?
(A GONZALO.) ¿Eh, Don Paco?

GONZALO.- No entiendo nada.

ALBERT.- Tú puedes hacer un Paco perfecto, ¿verdad, Max?

MAX.- Desde luego el tipo lo da.

ALBERT.- Y el carácter. Un señorito bien *planta*o y siempre dueño de la situación...

GONZALO.- ¿Se puede saber a qué juegas?

ALBERT.- (**Interpretando a JUAN JOSÉ.**) «Digo que pobre pero no tanto. Mi sudor, bueno; mi trabajo, bueno también; de *usté* son, porque *usté* los paga.

(Coge a MARIOLA/ROSA por un brazo.)

Pero esto no se paga con dinero; no hay dinero que lo pague en el mundo. Esto es mi alma, mi vida...»

MAX.- Al revés: «mi vida, mi alma...»

ALBERT.- Qué más da. «Esto es mi vida, mi alma, me pertenece y no lo suelto.»

(Aplaude MAX. DOÑA NEUS gira la cabeza y esboza una media sonrisa.)

MAX.- ¡Dios mío! Ha sonreído.

(NEUS vuelve de nuevo la espalda. MAX la abraza.)

MARIOLA.- Se curará, mamá se pondrá bien cuando esté a muchas millas de aquí y le dé la brisa en la cara, un par de días ¿no ha dicho eso el doctor? Se curará ¿verdad, Gonzalo?

GONZALO.- Cuando haya salido de aquí.

ALBERT.- Es increíble: a veces el teatro hasta sana. ¿Os fijasteis en el Wagner, la cara de la gente?, ¡cómo puede uno reírse así teniendo el estómago tan vacío?

MAX.- Mira éste, de la misma forma que podíamos actuar nosotros.

MARIOLA.- ¿Es que no oías mis tripas hacer *glu-glu*?

ALBERT.- Tus tripas suenan a música celestial, princesa...

GONZALO.- Sus tripas suenan a hambre, cretino.

MAX.- Lo malo son los mutis, que es cuando más se nota. Menudo concierto tenía la gorda de la primera fila. Entre las tripas y los cuescos que se le escapaban, cada silencio era peor que una traca...

MARIOLA.- Yo creía que era la butaca, que crujía.

ALBERT.- No me extraña que crujiera, ríete de bombardeos. Bombas fétidas: las peores.

(**Ríen ALBERT y MARIOLA.**)

MAX.- Menos mal que me decidí por Benavente, que es más de derechas que el agua bendita. Si hacemos *El labrador de más aire*, como más de uno se empeñaba en proponer, nos pescan en el primer cuadro y nos fusilan sobre el mismo escenario.

ALBERT.- Igual hubiera sido preferible.

MAX.- (**Como si no lo hubiera oído.**) ¿Y sabéis por qué no me atreví con la de nuestro paisano...?

GONZALO.- ¿Por qué?

MAX.- (**Primero adopta una actitud reflexiva, casi pedante, después sonrío.**) ¡Porque me parece un espanto! Y que me perdone el de Orihuela, que igual anda por ahí si no sigue en chirona. De versos sabe mucho, de bondades, más, pero lo que es teatro...

ALBERT.- No se puede ser perfecto...

MARIOLA.- Papá, ¿crees que habrán conseguido llegar hasta lo del doctor y su coma?

ALBERT.- Espero que sí, es lo único que se salva. «Y resultando que sí no declaro..., basta una coma, y dice: y resultando que sí, no declaro. Y aquí: y resultando que no, debe condenársele..., fuera la coma y dice: y resultando que no debe condenársele...» Don Jacinto huele a cocido, pero tiene su ingenio, ¿eh, Max?

MAX.- Tampoco se mata, aunque -sinceramente- no creo que a Limiñana le haya dado tiempo a decir su texto, menudo berrinche habrá cogido... Le jodimos el único momento que tiene el condenado para lucirse. Claro, que supongo que los demás le habrán echado una mano. Por algo tengo la mejor compañía del mundo. **(Clamando al cielo, literalmente.)** ¡Os juro que cuando estemos en América pelearé para sacaros uno a uno de aquí! ¡Y, por Dios, Limi, esta vez espero que te hayan salido bien las morcillas!

(Ríen.)

¿Os dais cuenta?

MARIOLA.- ¿De qué?

MAX.- Nos estamos riendo...

GONZALO.- **(Contrapunto serio.)** Es que no tenéis remedio.

ALBERT.- ¿Qué, te animas, Gonzalo? Podríamos empezar a ensayar en cubierta. Así se nos hará el viaje menos pesado.

GONZALO.- No conozco esa pieza. Y, además, no creo que me guste.

ALBERT.- Es extraordinaria, mi favorita. Es un poco antigua pero sigue teniendo chicha. Verás: yo estoy locamente enamorado de Mariola...

GONZALO.- Eso nunca lo he dudado.

ALBERT.- ¿Qué? No me refería a... bueno, quiero decir: Juan José, que es más pobre que las ratas, quiere a Rosa y tú, o sea, Paco, te metes por medio. Yo te mato, y le pego una paliza a ésta. Bueno, eso, Max, creo que lo podemos suprimir, ¿no? Digo lo de pegarle a Mariola, no lo de matar a éste, que eso sí que me apetece...

GONZALO.- Tendrás que buscarte otro paria.

ALBERT.- Tampoco te pongas así. Te juro que cuando te mate no pienso hacerte daño.

GONZALO.- Muy gracioso.

ALBERT.- ¿No ves que, entre broma y broma, parece que Doña Neus se encuentra mejor?

(Todos la miran.)

GONZALO.- Yo la sigo viendo igual.

ALBERT.- Lo que a ti te pasa es que eres un cenizo.

MARIOLA.- Venga, dejadlo ya.

MAX.- Eso, está bien que no perdamos el humor. Va a ser lo único que no nos van a poder quitar. Albert, quizá fuera mejor que te movieses por ahí a ver si encuentras algo más de comer. No podremos aguantar mucho tiempo. Me ha parecido oler un perol de lentejas antes cuando crucé por el Paseíto Ramiro. Igual eran imaginaciones mías... Si has encontrado castañas eres capaz de descubrir cualquier cosa. Lo que sea servirá: todo menos quedarse con los brazos cruzados. ¿No te parece?

ALBERT.- Tiene usted razón. Habrá que buscarse la vida como sea. ¿Me acompañas, «Paco»?

GONZALO.- Qué pesado te pones.

ALBERT.- Venga, hombre.

(Le ofrece la mano. GONZALO se la da.)

Si en el fondo nos llevamos bien... Estamos condenados a entendernos, ¿verdad?

GONZALO.- Que te acompañe Mariola, y ya de paso seguís con vuestros planes ¿no? (**Mirando a MARIOLA.**) Yo tengo que ir en unos minutos a otro sitio y si dividimos la faena, mejor.

MARIOLA.- De acuerdo, yo acompañaré a Albert.

MAX.- Pero Mariola, deberías quedarte cuidando a tu madre, no creo que te guste ver el panorama que te espera ahí afuera.

MARIOLA.- Ya estamos fuera, papá. Y no soy una niña; si habéis aguantado vosotros, también podré hacerlo yo. Quién va a cuidar a mamá mejor que tú...

ALBERT.- Estaremos de vuelta en menos de media hora, Max. Y prepárese para el banquete... Vamos, princesa, que ya verás cómo la cosa no está tan mal.

(**MARIOLA besa a su madre y va junto a ALBERT. Y allí se quedan compartiendo el mar.**)

Pausa.

MAX y GONZALO se miran desafiadamente.)

MAX.- ¿Está mal la cosa, no?

GONZALO.- Muy mal.

MAX.- ¿Y esas influencias de las que siempre alardeas?

GONZALO.- Si no se hubiera entretenido buscando un médico por todo Alicante habrían llegado a tiempo para coger el barco. Yo no podía hacer más.

MAX.- Es decir: que nunca tuviste la intención de venirte con nosotros.

GONZALO.- Ni se me pasó por la cabeza.

MAX.- Entonces ¿por qué has hecho todo esto?

GONZALO.- Bien lo sabe usted.

MAX.- Pero si ella se viene con nosotros...

GONZALO.- Creo que ha tomado ya una decisión.

MAX.- Se viene con nosotros.

GONZALO.- No sé adónde.

(MARIOLA y ALBERT se miran.)

Lo mejor será que le pregunte a ella. Cuando vuelva.

MAX.- Su madre la necesita más que nunca.

GONZALO.- Menos que nunca. Lo demás es egoísmo por su parte. Ahora le toca el turno a los jóvenes. Ustedes ya lo han hecho lo suficientemente mal.

MAX.- Así que lo tenías todo preparado.

GONZALO.- Le juro que no. La cosa se ha precipitado demasiado rápido y había que actuar.

MAX.- Vaya, has dicho «actuar». Ves: te persigue la farándula.

GONZALO.- Recuerde que les he salvado la vida.

MAX.- Quizá hubiera sido mejor resistir entre bambalinas.

GONZALO.- Otro que tal. Nada es peor que la muerte, no sea usted cerril.

MAX.- ¡Dios!

GONZALO.- Max, es usted el ateo más divino del mundo.

MAX.- Para muchos de nosotros Dios se ha quedado en eso: una exclamación con la que desahogarse.

GONZALO.- Para otros muchos es algo más.

MAX.- Será para los que se quedan...

GONZALO.- Su hija, por ejemplo. Mariola no va a ninguna parte. Se lo digo yo.

MAX.- ¿Cómo?

GONZALO.- Que se queda conmigo.

MAX.- Estás muy seguro.

GONZALO.- Hicimos un trato...

MAX.- Un trato.

GONZALO.- En el Wagner, mientras yo esperaba en mi camerino a que terminara el primer acto, ya sabe, cuando llega Lute y me dice que o nos largamos inmediatamente o...

MAX.- Abrevia...

GONZALO.- Que aplazaban la sentencia hasta el final de la función.

MAX.- Los fascistas siempre han sido muy considerados con Don Jacinto.

GONZALO.- Estaban en el vestíbulo y para no armar demasiado lío esperarían que bajara el telón...

MAX.- Pasa la página, por favor.

GONZALO.- Termina al fin la primera parte, entro en su camerino, tampoco es cosa de que se entere el resto de la Compañía, no hay tiempo que perder... hay que salir pitando, coger lo primero que encontremos y ¡al puerto!

MAX.- Mi mujer te dice algo que no te gusta, le das un grito...

GONZALO.- Qué otra cosa podía hacer...

MAX.- Y mientras Crispín y el Capitano se disponen a abrir el segundo acto, nos fugamos... ¿y? Vamos, suelta de una puñetera vez... ¿Y?

GONZALO.- Antes de hablar con usted hablé con su hija...

MAX.- ¿De qué?

GONZALO.- De un pacto entre ella y yo.

MAX.- ¿Cuál?

GONZALO.- Que les sacaría de allí si se quedaba conmigo; que podía conseguir pasajes y visados y ponerles a salvo, pero que aquella no era mi guerra.

MAX.- Vaya, yo pensaba que esta maldita guerra era cosa de todos.

GONZALO.- Algunos hemos permanecido al margen, se lo crea usted o no.

MAX.- Eso es lo que a ti te interesa creer. Siempre se está en una orilla o en la de enfrente; si no, te ahogas.

GONZALO.- Sé nadar. ¿Me quiere decir qué sacaba yo arriesgando la piel por una Compañía de tres al cuarto?

MAX.- Mariola.

GONZALO.- Mariola. La verdad por delante. El teatro no está hecho para mí.

MAX.- Desde luego no eres Borrás.

GONZALO.- Es más: a mí el teatro me ha importado siempre un camino.

MAX.- Como a media España, precisamente la que nos quiere tirar... la que nos queréis tirar.

GONZALO.- Yo no quiero tirar a nadie, no generalice. Lo mío son las cuentas. Eso lo dejé bien claro desde el primer día. Yo llevaría la administración. Usted aceptó, ¿recuerda? Pero, ya se sabe, en estas Compañías uno empieza con la contabilidad y termina en la tramoya, haciendo de consueña o de característico... Sólo de pensarlo me sudan las manos.

MAX.- Tampoco lo hacías tan mal...

GONZALO.- Vamos, Max... no se ría más de mí.

MAX.- Está bien, en resumen: como hombre práctico tú no sabes lo que es dar algo por nada. Hasta ahí lo entiendo. Mi hija es la moneda pero, a cambio de qué... No has cumplido, Gonzalo. Seguimos estando en tierra firme y tarde o temprano vendrán por nosotros.

GONZALO.- En primer lugar, les he salvado la vida. Y en segundo lugar, todavía espero poder sacarles de aquí. La primera embarcación que zarpe tendrá un lugar para ustedes.

MAX.- Pero sabes bien que ese barco no va a zarpar, no existe. Sabes bien que antes he mentido. A estas alturas no quedan admiradores como el que me inventé. A ti no te pude engañar con mi optimismo de pacotilla. Me fijé en tu cara. No va a haber más barcos. Con sólo pisar a cien metros de aquí uno se da una bofetada con la verdad. La única que todavía no lo sabe, y tampoco estoy seguro, es mi mujer. Albert prefiere seguir en las nubes y Mariola se habrá enterado ya. Que quede claro: no nos has salvado la vida, sólo has conseguido volver a aplazar la sentencia.

GONZALO.- Espere que haga unas últimas gestiones y, por favor, confíe en mí. **(Hace el ademán de retirarse.)**

MAX.- Pero cómo quieres que confie en alguien como tú.

GONZALO.- Porque no hay nadie más en quien confiar.

(GONZALO se dirige hacia EL HOMBRE DE GRIS. MAX se queda junto a NEUS.

Huele la rama de almendro.

MARIOLA habla con ALBERT.)

MARIOLA.- Porque no había nadie más en quien confiar, por eso. Tenía miedo, Albert, por mis padres, por ti...

ALBERT.- ¿Por mí?

MARIOLA.- Pues claro, por ti. Sabes lo que siempre has significado en mi vida.

ALBERT.- Nunca antes me habías dicho nada parecido.

MARIOLA.- No habrás sabido escucharme bien... **(Pausa.)** Estaba asustada y no hacía más que preguntarme... ¿Por qué? ¡Si lo único que durante todo este tiempo habíamos hecho era simplemente eso... teatro! Me sentía acorralada y algo me decía que debía decir sí. Desde que llegó no ha parado de hacerme insinuaciones, que si vámonos a Madrid, que si yo puedo hacer que entres en el Apolo, el muy estúpido... ¿me ves tú, en el Apolo?

ALBERT.- Claro, yo te veo en cualquier sitio.

MARIOLA.- Pues yo, francamente no. El caso es que pensé que, por primera vez, podía hacer algo por vosotros, salvaros el pellejo, aunque fuera cediendo ante un tipo como éste. Sabes que por mis padres sería capaz de todo.

ALBERT.- Hay una cosa que se llama dignidad.

MARIOLA.- No me hables de dignidad. ¿Por qué te crees que te cuento todo esto? Por dignidad no nos fuimos a Marsella cuando empezó todo este montaje que dura ya tres años. Por dignidad seguimos subiendo al escenario y malvivimos entre bastidores. Así nos ha ido. Por dignidad.

ALBERT.- Mírame a los ojos.

MARIOLA.- Para qué.

ALBERT.- Quiero ver lo que ellos me dicen, no lo que tú intentas hacerme creer que tú dices.

MARIOLA.- Ahora sí que pareces de verdad Crispín.

ALBERT.- Y tú la malquerida.

(**MARIOLA sonríe.**)

Las buenas actrices no saben mentir bien, mienten sus personajes.

MARIOLA.- Yo quiero ser una buena actriz.

ALBERT.- Pues, para empezar, mientes fatal. No tienes que justificar nada, Mariola, ni decir lo que no piensas para convencerme... Lo que has hecho, o hagas, bien estará... Y, descuida, no seré un estorbo. ¿O prefieres que te lo diga más claro? ¿No te acuerdas de la primera lección del actor? Tenías... seis años.

MARIOLA.- Siete, recién cumplidos. Mi primer ensayo.

ALBERT.- Tu padre te dijo: *súbete al escenario, Mariola, y mira a tu madre. Dile que le quieres más que nada en el mundo, pero díselo de verdad.* Y tú, un bicho encantador, así, lleno de rizos y pecas, subiste a trompicones, miraste a Doña Neus durante casi medio minuto. Y no abriste la boca. No fue necesario. Cuando te disponías a hablar Max empezó aplaudir y tú te creías que se estaba burlando de ti...

MARIOLA.- Entonces me abrazó y me dijo...

ALBERT.- «No hay palabras más bonitas sobre un escenario que las que se dicen en silencio».

(**Pausa. MARIOLA y ALBERT se miran.**)

MARIOLA.- Albert...

ALBERT.- Qué.

MARIOLA.- ¿Entiendes ahora algunos de mis silencios?
(Pausa.) Siempre hemos estado muy unidos.

ALBERT.- Y lo seguiremos estando aunque se nos ponga por medio un continente...

MARIOLA.- ¿Te irás entonces?

ALBERT.- No.

MARIOLA.- Y si yo te lo pido...

(Pausa.)

ALBERT.- Mariola...

MARIOLA.- ¿Qué?

ALBERT.- Siempre nos quedarán los recuerdos.

(MAX recuerda junto a NEUS.)

MAX.- Siempre nos quedarán los recuerdos. Esto sí que era la vida, eh Neus. ¿Recuerdas, subiendo hacia Aitana, los almendros en flor? Ese increíble color lila te volvía loca. Respirabas fuerte, cerrabas los ojos y yo no sé qué te pasaba pero se te veía condenadamente feliz. Cuántos achuchones me han regalado estos árboles. No era para menos. Pensar que a pocos kilómetros de aquí estaba el paraíso. ¿Te acuerdas cómo gritábamos, como chiquillos que no se podían creer tantos colores juntos? Y ahora, ya ves, nos han dejado mudos. Y mira que es difícil cortarle la voz a unos actores. Pues lo han logrado. Para qué hablar, ¿verdad? Mejor callar nuestra vergüenza. Y la suya. Te aseguro que te entiendo, aunque haya quien prefiera acabar del todo. No sé qué es peor, si aguantar, esperar, o dar carpetazo, así, de golpe. Antes he visto, ahí al lado, cómo un pobre diablo se volaba la tapa de los sesos. Con una mano se destrozaba la sien apretando el gatillo mientras con la otra apretaba también un cigarro y le daba la última calada de su vida.

Ha sido tan rápido que a los de alrededor no les ha dado tiempo ni de apartarse y les ha salpicado todo. Uno estaba comiendo una lata de alubias y hasta se ha enfadado, humor negro se llama a eso: joder con el desgraciado, podía haberse ido a suicidar a otra parte... Y es que me han contado que hay como una epidemia suicida: ya van quince o veinte los que han decidido desistir, la mayoría se ha tirado al mar. Un mozo, que no pasaría de los veinte, se ha tragado, como si nada, el último disparo de su macuto. Todo porque no llegan los barcos. Todo porque no van a llegar más barcos y ni siquiera quedan fuerzas ya para la esperanza. ¿Sabes? Nos están preparando el alojamiento, muy cerca de aquí. En las faldas de San Julián, en la Serra Grossa. A menos de un kilómetro. Cuántas veces hemos paseado por allí... Ahora, además de paseo, quieren que sea nuestra casa, provisionalmente, antes de empaquetarnos y mandarnos a otro sitio... Un hotelito al aire libre. «El campo de almendros» le van a llamar. Allí irán los que no embarquen. Allí iremos todos. Somos muchos, demasiados. Trabajan a destajo, levantan las tiendas, cavan las letrinas: tiene que estar preparado en pocas horas. Campo de almendros... El nombre es bonito y el sitio también. Una cárcel con vistas al mar. Este país ha estado oliendo a muerte durante demasiado tiempo. Ha llegado la hora de los buitres.

(Pausa. Le desenreda el pelo.)

Tú siempre decías que los almendros te parecían hermosos, pero tristes. ¿Cómo decías? Suaves y tristes... o algo parecido. Tú sabrás lo que querías decir. Sería por eso por lo que te gustaban tanto y te resultaban tan puñeteramente seductores... Las mujeres sois tan especiales para todo. De todas formas quiero decirte que si no te tuviera, aunque te tenga sólo a medias, yo también me habría arrojado ya al mar. Pero tu mirada me es suficiente para aguantar toda esta mierda que se nos viene encima. Porque sé que no vamos a poder salir de aquí.

(Se acerca MARIOLA. Mira a su padre fijamente.)

MARIOLA. - Ya sé por qué no querías que saliera de aquí.

MAX. - ¿Qué has visto?

MARIOLA. - La nada.

MAX.- Dices bien: nada.

MARIOLA.- Tiene el color del mar.

MAX.- ¿Y Albert?

MARIOLA.- Ha encontrado unos camaradas y estaban pensando en largarse como fuera, huir al norte, cruzar hacia Francia, esconderse en las montañas... todavía no lo tenían claro. Todo menos dejarse llevar por esa gentuza que está empezando a limpiar el puerto. Le he animado a que se fuera. Había cosas que tenía que decirle. Esto se ha terminado, papá.

MAX.- Todavía tienen que venir por nosotros. Y tú tienes a Gonzalo, es una garantía.

(MAX mira a GONZALO. MARIOLA también.
GONZALO esta pendiente únicamente de EL HOMBRE
DE GRIS.)

Me lo ha contado todo. **(Pausa.)** Lo del pacto.

MARIOLA.- Yo sólo os tengo a vosotros.

MAX.- Nosotros también somos nada, hija. Con él puedes empezar una nueva vida, seguro que sabrá abrirse camino. Es muy listo, fíjate: no le gusta el teatro. Eso es tener visión de futuro.

MARIOLA.- Papá, nada más empezar a andar ya me subiste a un escenario. Acabo de recordar junto a Albert tu primera lección.

MAX.- El silencio. Escucha. El mar no necesita hablar.

MARIOLA.- Papá, el mar está mudo.

MAX.- Sólo está afónico. De perplejidad, supongo. Se le pasará, como a tu madre.

MARIOLA.- Entiende mi miedo: no he hecho nunca otra cosa que ponerme delante de telones pintados. No sé hacer otra cosa.

MAX.- Tampoco lo vas a necesitar.

MARIOLA.- Si algo me ha enseñado el teatro ha sido a pensar. No he necesitado ir a ninguna escuela y tú lo sabes.

MAX.- Tu madre y yo siempre hemos creído que en el teatro tenías todo lo que necesitabas aprender. Al fin y al cabo se trata siempre de la misma historia, aunque se cuente de mil maneras diferentes. Es la historia de la vida, la historia de carne y hueso, la de verdad, no la que escriben ese puñado de patrañeros en los libros.

MARIOLA.- ¿Y quieres que ahora me olvide de todo eso, que deje de pensar y me dedique a zurcirle los calcetines a un pelagatos con influencias?

MAX.- No. Pero todo menos verte sufrir.

MARIOLA.- ¿Y la dignidad, papá?

MAX.- Es una bonita palabra. **(Pausa.)** ¿Sabes? A veces las odio. En este momento cambiaría todas las palabras del mundo -desde Sófocles a Molière- por un buen estofado calentito...

MARIOLA.- Mientes tan mal como yo.

MAX.- Véte con él. Gonzalo te enseñará a mentir.

MARIOLA.- **(Fijándose una vez más en el gesto casi imperceptible que acaba de leer en su madre.)** Creo que mamá no es de tu opinión.

MAX.- Tu madre es como tú, una rebelde.

MARIOLA.- Como los almendros.

MAX.- Puede que haya llegado el momento de ser un poco realistas.

MARIOLA.- La realidad no está hecha para gente como nosotros, papá, no podemos cambiar de golpe.

MAX.- Piénsatelo, al menos.

MARIOLA.- No hay nada que pensar.

(Interviene ALBERT. Trae una rama de palmera, con unos cuantos dátiles.)

ALBERT.- No hay nada que pensar, tiene razón Mariola. Están un poco verdes, todavía, pero algo es algo... **(Ofreciendo los dátiles.)** No ha hecho falta subir a las palmeras, han bajado ellas: están por los suelos.

MARIOLA.- ¿Y la escapada a Francia o a...?

ALBERT.- Me lo he pensado mejor. Se han ido sin mí. Además, es evidente que ya es demasiado tarde.

(GONZALO, junto a EL HOMBRE DE GRIS, se acerca lentamente.)

GONZALO.- Nunca es demasiado tarde. Este oficial os acompañará hasta el barco. Él lleva los pasajes y todos los permisos que hacen falta. Os dije que lo conseguiría. El barco sale en unos minutos, coged vuestras cosas. No hay tiempo que perder.

(EL HOMBRE DE GRIS se dispone a coger una maleta, pero MAX no le deja. Él coge una y ALBERT la otra. Ayudan a incorporarse a NEUS.)

MAX.- Me juraron que no iban a salir más barcos.

GONZALO.- Es el último. Y no va a esperar.

(Van a salir. MARIOLA hace el ademán de querer acompañarles. GONZALO la detiene sujetándola de un brazo. MARIOLA desiste. MAX se despide de ella con un beso.)

EL HOMBRE DE GRIS, seguido de ALBERT, NEUS y MAX, están a punto de salir de escena.)

MAX.- ¿Cuál es el nombre del barco?

GONZALO.- Sólo hay uno. No podéis perderos. Este hombre os conducirá hasta él. Al final del muelle. Buen viaje.

MAX.- El nombre del barco...

(Pausa.)

GONZALO.- No lo recuerdo bien...

MAX.- El nombre del barco.

(Pausa.)

GONZALO.- Campo de almendros.

**(DOÑA NEUS saliendo momentáneamente del trance.
Mira a su hija.)**

NEUS.- ¡Mariola...!

(MARIOLA sonríe.)

MARIOLA.- ¿Qué vais a hacer sin una actriz como yo en Buenos Aires?

(Y va junto a los demás. Salen, por primera y última vez, del escenario, escoltados por EL HOMBRE DE GRIS. GONZALO ve cómo se alejan.)

Y se queda mirando el mar, un mar que se está llenando de rejas, mientras se va haciendo oscuro muy despacio.)

FIN